

SIC

TELÉFONO 7501 APARTADO 413

CARACAS

REVISTA DE
ORIENTACIÓN CATÓLICA

Año 9 - Tomo IX - Nº 85.
Mayo - 1946
Caracas - Apdo. 413.

ASISTIMOS A LAS PRIMERAS ESTRIDENCIAS DE LA CAMPAÑA PRE-ELECTORAL. Hechos de sangre como el de Campo Elías, sistemáticas obstrucciones a determinados personajes y partidos, como los registrados en Barquisimeto, Valencia, La Grita y San Cristóbal; campañas de radio y de prensa, al margen de toda equidad y justicia, como los que han iniciado ciertos locutores y columnistas dentro y fuera de la Capital de la República, bien merecen un comentario y una reflexión moral.

Que tales hechos existan no es fenómeno ni peculiar ni exclusivo de Venezuela, aunque ciertamente tenemos que señalar la agravante de que aún no se ha iniciado la campaña electoral propiamente dicha. Es particularmente grave, asimismo, que se atribuya una especial responsabilidad en muchos de los hechos al partido preponderante en el Gobierno.

Partimos del supuesto de la conveniencia y aun necesidad de los partidos políticos. Toda campaña electoral en país democrático supone exaltación y mística partidista. Sin partidos políticos, con igualdad de derechos de propaganda y acción, no se concibe sincera democracia. Es la razón de nuestra sonrisa ante la denominación de **democracia** que se atribuye a **Rusia**, donde las elecciones, sin partidos ni prensa de oposición, son aclamaciones de una masa arreada en escuadrones formados a la manera militar. Es la democracia totalitaria de Hitler y Mussolini.

Pero, dentro del libre juego de los partidos, es índice de cultura — de una cultura en cuyo fondo hay una gran base de cristianismo — la comprensión, la tolerancia y el respeto hacia la opinión ajena. Como es signo de incultura y de exiguidad intelectual la intolerancia cerril y fanática de aquellos, en cuya mente no cabe un resquicio a la duda de que en su parecer pudiera haber algún defecto y su parte de razón en el parecer ajeno.

Cabe dentro de la moral cristiana desenmascarar en la batalla política al adversario desorientado o perverso, que aspira a regir a sus conciudadanos o a dictaminar sus leyes. Pero nunca abarca este derecho la capacidad de recurrir a la mentira, a la exageración, a la deformación consciente de los hechos, a la insinuación equívoca, que es, con frecuencia, mucho más peligrosa que la mentira. Y esta es la ventaja relativa, si puede llamarse ventaja, que en las propagandas partidistas cuentan los enemigos del cristianismo. La mentira para bien del Estado no es denigrante, decía Hitler. La mentira audaz y oportuna es admirable instrumento de propaganda, dice el comunismo, aplicando una máxima formulada por Lenin. En general quien no admite los mandamientos de la Ley de Dios, no tiene por qué horrorizarse de la mentira.

El cristiano sabe que no puede mentir ni calumniar. El cristiano sabe que todos los hombres somos hermanos, y en una misma patria hermanos empeñados en una misma tarea de procurarnos el bien común.

El católico debe ser el más valiente, el más convencido de los luchadores en la batalla electoral. Al mismo tiempo el más noble y el más caballeroso de los adversarios; por espíritu patriótico y por el íntimo sentido de fraternidad cristiana.

COMPRESION,
VIRTUD
CRISTIANA